

# *Desenfreno*

*Deirdre Martin*

Traducción de Joan Lluís Ivars

Talismán

## **Capítulo 1**

—Necesito tu ayuda.

Gemma Dante alzó la vista y sonrió al ver a su primo Michael, que se acercaba a saltos hacia el mostrador del Golden Bough.

Como era habitual, la agradable y acogedora librería estaba llena de clientes, unos curioseando entre las estanterías, otros relajándose en las mullidas butacas que Gemma ponía a su disposición. Sonaba una suave música celta, mientras en el aire había un ligero aroma de incienso de lavanda.

Sin embargo, aquel ambiente de serenidad no producía ningún efecto en Michael Dante. Ala derecho de los New York Blades, era un hombre que siempre iba acelerado, tanto en la pista de hielo como fuera.

Gemma salió de detrás del mostrador para abrazar cariñosamente a su primo.

—«Necesito tu ayuda» —repitió ella—, creo que haré que graben esta frase en mi lápida.

La gente la buscaba instintivamente para pedirle ayuda y consejo, y ella no ponía ningún reparo. Disfrutaba haciendo el papel de una Ann Landers rebelde para sus amigos y su familia.

—¿Lápida? —Michael fingió sorpresa—. Siempre había creído que cuando te fueras tendrías una ceremonia a la luz de la luna, te transformarías en polvo de hadas y regresarías al cosmos.

—¿Te acuerdas de aquella vieja canción de Squeeze que empieza «Si no te amara, te odiaría»? Pienso en ti cada vez que la escucho, Mikey.

—Y yo pienso en ti cada vez que oigo «Season of the Witch» de Donovan. —Lanzó una ojeada por la tienda—.

Hoy no hay demasiada gente rara.

Gemma ignoró la indirecta y regresó a su sitio tras el mostrador.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Tenemos un jugador nuevo en el equipo, Ron Crabnutt.

Lo han traído de Rochester y no conoce a nadie en la ciudad aparte de nosotros. Se muere de ganas de salir a dar una vuelta con una «neoyorquina de verdad» y he pensado que quizá, si tienes un rato, podrías cenar con él esta semana.

—¿Me estás proponiendo una cita? —Gemma se mostraba recelosa.

—No, no, no —aseguró Michael—. Bueno, sí, pero sólo como un acto de compañerismo, ¿entiendes? Es alguien nuevo en la ciudad.

—Creía que yo era demasiado «rara» para tus compañeros de equipo.

Michael resopló.

—¡Tú eres demasiado buena para ellos! Si vieras algunas de las trepas horteras con las que salen... —dijo con un escalofrío.

—Es bueno saber que estoy un nivel por encima de una trepa hortera, Mikey.

Él rodeó el mostrador y la estrujó hasta casi romperle las costillas.

—¿Lo harás? Es un buen muchacho, palabra de honor.

Y además, ¿quién sabe? Quizá congeniéis —dijo guiñándole un ojo.

—No estoy buscando novio —sonrió Gemma.

—Te iría bien tener una relación.

Gemma cambió de asunto.

—Hablando de relaciones, ¿cómo están Theresa y el bebé?

Michael sonrió enseguida.

—Los dos están perfectos. Acabamos de enviar las participaciones para el bautizo. ¿Vendrás, verdad?

—¿Bromeas? No me lo perdería por nada del mundo.

—Bien. ¿Y Crabnutt? ¿Cenarás con él?

Gemma se encogió de hombros.

—Vale, no tengo nada que perder. Puede que sea divertido.

—Sabía que podía contar contigo.

—Esa será la segunda línea en mi lápida.

«Dios, ¿cómo he dejado que Michael me metiera en esto?».

Era lo que pensaba Gemma mientras se esforzaba por mantener los ojos abiertos. Había aceptado hacerle ese favor porque creía que podría ser divertido. Poco imaginaba que tendría que soportar a alguien que únicamente se animaba hablando de su colección de destornilladores.

—Así, los extremos que sujetas tienen cuatro puntos de contacto...

—Perdona. —Gemma interrumpió a Ron Crabnutt educadamente—. ¿Podríamos hablar de alguna otra cosa que no fuera sobre destornilladores?

—Claro. —Ron pareció dolido—. ¿De qué te gustaría hablar?

—¿Qué tal de política?

—Mira, tengo que ser sincero contigo... —su labio superior

dibujó una leve mueca—, la política me importa el culo de un mono.

Gemma parpadeó. «¿El culo de un mono?».

—¿Que tal de música, pues?

La cara de Ron se iluminó.

—¿Te gusta Skid Row?

—¿Skid Row?

—¡No me digas que nunca has oído hablar de Skid Row!

—exclamó Ron, golpeando la mesa sin podersele creer—.

Es el mejor grupo de todos los tiempos.

Tal vez hablar sobre destornilladores no estaba tan mal después de todo.

—A mí me va más la música celta. Solas, Loreena McKennitt...

—No he oído hablar de ellas en mi vida —gruñó Ron—.

Y, no te ofendas, pero no tengo ningún interés.

Gemma se desanimó. Pero decidió darle otra oportunidad.

Quizá un giro de la conversación hacia la dirección correcta podría desvelar una insospechada profundidad en su personalidad.

—¿Tienes alguna afición más aparte de los destornilladores?

—Otras aficiones. —Ron miró fijamente su tenedor—.

Umm.

Cuanto más tardaba en responder, más segura estaba de que la única profundidad que estaba explorando era la de su propia desesperación.

—Me gusta el chicle.

«Chicle —pensó Gemma desesperada—, algo es algo».

—¿Coleccionarlo o masticarlo?

—Masticarlo. —Ron sacudió la cabeza pensativo—. Sin duda, masticarlo.

—A mí también.

Deseó acabar la velada en aquel momento, pero le faltó valor. Ron parecía muy feliz. Y desde un punto de vista global, ¿qué representaba una sola noche en su vida? Suspirando le preguntó si era hombre de Bazooka o de Juicy Fruit. Y así pasó otra media hora, Crabnutt enrollándose con el Teaberry hasta que se las ingenió para volver a hablar de nuevo sobre destornilladores de estrella. Ni por un momento mostró interés en saber a qué se dedicaba Gemma o cuáles eran sus aficiones. Al final ella reprimió un bostezo.

—Se está haciendo tarde. Me tengo que ir —dijo, y se levantó de la mesa.

Ron la imitó

—Ha sido muy divertido —confesó con timidez.

Sintió compasión por él. Era aburrido, pero agradable.

Incómoda, se miró los pies.

—¿Puedo llamarte?

Gemma alzó la cabeza y vio que Ron se estiraba el cuello de la camisa impaciente.

—Claro —respondió con dulzura, en total contradicción con lo que le dictaba su sensatez. No podía soportar la idea de herirlo. Además, ¿cuántos hombres llaman después de pedir el número de teléfono? Se lo dio.

Se sacó con cuidado la melena del interior de su capa mientras se la abrochaba. Ron pagó la cuenta y salieron juntos al exterior, donde Gemma paró un taxi.

—Hasta pronto —dijo Ron animado mientras le cerraba la puerta del vehículo.

Una vez en el interior, Gemma vio con agrado que el taxista con turbante estaba entusiasmado con el partido de los Jets que tenía puesto en la radio. Ya había tenido suficiente conversación por aquella noche.

A la mañana siguiente salió temprano para desayunar con su mejor amiga, Francis «Frankie» Hoffmann. Los neoyorquinos conocían a Frankie como «Lady Midnight», una *disc jockey* de voz sexy y profunda que llenaba las ondas entre medianoche y las seis de la madrugada, de lunes a viernes, en la WROX, la emisora dedicada al rock clásico más famosa de la ciudad. Gemma se citaba a menudo con Frankie para tomar un café a primera hora. Después una se iba a trabajar a la librería y la otra a su casa a dormir.

Su lugar de encuentro preferido era el Happy Fork Diner, en la esquina de la Treinta y cuatro con la Ocho, una grasienta cafetería abierta las veinticuatro horas regentada por dos corpulentos hermanos griegos. Cuando empujó la pesada puerta de vidrio, un familiar aroma a café recién hecho dio la bienvenida a Gemma. Se deslizó en el estrecho banco tapizado de Naugahyde de uno de los reservados y esperó a que Stavros tomara nota.

—Ah, señorita Gemma. —A pesar de tener unas dimensiones que envidiaría un luchador profesional, Stavros siempre aparecía de la nada con la humeante cafetera peligrosamente llena en su gigantesca y velluda mano—. Pruébalo una vez. Venga. Un sorbo y verá como no quiere beber nunca más esa infusión de meados.

Gemma chasqueó la lengua fingiendo desaprobación.

—Ya sabe que no pruebo la cafeína, Stavros.

—¿Y? —Elevó la barbilla—. Le traigo un descafeinado. El mejor descafeinado de Nueva York.

Gemma clavó los ojos en él, disfrutando de su pequeño ritual.

—Una infusión de manzanilla me está bien, gracias.

—Bah —murmuró mientras se daba la vuelta—, una bebida de ancianas.

«Tiene razón, es una bebida de ancianas».

Stavros regresó con su infusión, refunfuñando entre dientes en griego mientras se la servía. En ese instante entró Frankie por la puerta de la cafetería. En antena, Frankie sonaba como un sueño húmedo. Su voz radiofónica, baja y ronca, y su risa burlona y divertida la convertían en la compañía perfecta a altas horas de la madrugada. Todos los oyentes masculinos que llamaban durante el programa suplicando una cita presumían que era una mujer de bandera. Sin embargo era alta, patéticamente delgada, con un pelo fino y rubio al que le costaba encontrar un estilo y tenía el puente de su pequeña y respingona nariz salpicado de pecas.

—Siento el retraso —dijo Frankie con su propia voz, con el más puro acento de Brooklyn, mientras se deslizaba en el otro banco frente a Gemma—. The Rock ha llegado tarde.

The Rock, cuyo verdadero nombre era Marshall Finkelstein, era el *disc jockey* que salía en antena tras Frankie y tenía un problema crónico para distinguir la aguja grande de la pequeña.

Gemma exprimió la empapada bolsa de camomila antes de añadir una pizca de leche de soja en su taza.

—Te he escuchado un poco entre las dos y las tres. Sonabas bien.

—He estropeado la entrada de «Layla», pero no se puede tener todo. —Su mirada se volvió burlona cuando se dio cuenta del significado de las palabras de Gemma—. ¿Y qué hacías tú entre las dos y las tres?

—No dormía.

—¿Por qué?

—Nada especial. —Y procedió a explicarle a Frankie todo sobre la fascinante velada con *Big Red*, su cita a ciegas. Su amiga se mantuvo serena mientras pudo. Pero cuando Gemma llegó al momento en que Crabnutt había expuesto las ventajas de mascar chicle frente a coleccionarlo, perdió la compostura. Estalló en risas y lo mismo hizo Gemma. Había lágrimas deslizándose por sus caras cuando Gemma acabó.

—Oh, Dios —dijo Frankie, secándose los ojos—, necesitaba esto.

—Yo también lo necesitaba.

—¿Y a qué viene el insomnio? —insistía en saber Frankie.

—No lo sé. —Gemma parecía genuinamente desconcertada—.

Creo que la cita me ha hecho pensar. Imagina

que nunca encuentro a nadie.

—Me insulta el solo hecho de que puedas pensar eso.

Gemma rió. Cuando Frankie y ella eran adolescentes, se prometieron que vivirían juntas si ambas estaban solas cuando llegaran a viejas. Alquilarían «strippers» masculinos, tomarían el sol desnudas y conducirían motocicletas.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Tú no vas a estar sola para siempre —la consoló Frankie.

El tono compasivo tuvo el efecto de un tónico. Siempre lo tenía. Las dos eran como hermanas. Entonces Frankie respiró profundamente.

—Muy bien, déjame preguntarte una cosa.

Gemma se puso tensa. «Muy bien, déjame preguntarte un cosa» era la fórmula habitual de su amiga para tomarle el pelo y abofetearla con la más cruda de las verdades.

—¿Qué?

—¿Puedes realizar un sortilegio de amor que te sirva a ti misma?

Gemma se revolvió incómoda en su asiento. Por supuesto que podía. Pero desde que era niña sentía en su interior que la brujería era una senda encaminada a reverenciar la naturaleza. No tenía nada que ver con someterla a tu voluntad.

—¿Y bien? —pinchó Frankie.

—Supongo que podría.

—¿De qué sirve ser una bruja si no lo usas para ayudarte a ti misma?

—Puede que haga un hechizo esta noche.

—¿Podría verlo?

—Claro, siempre y cuando no interrumpas.

—¡No lo haré, te lo juro! —La excitación en los ojos de Frankie se desvaneció, y se convirtió en distracción.

—¿Qué pasa?

—Nada —murmuró Frankie evasiva.

—Dime.

—Últimamente me he sentido algo confusa. Y además me ha salido esto. —Se levantó la manga de la camisa mostrando una ampolla en su antebrazo izquierdo.

—¿Y?

—Fascitis necrotizante. Una enfermedad que te devora la carne. La he contraído.

—Gemma respiró profundamente. Decir que su amiga era una hipocondríaca era quedarse corta. Tan solo en el año anterior Frankie se había autodiagnosticado un tumor cerebral, el virus del Nilo Occidental, la enfermedad de Crohn y una multitud de dolencias que se habían esfumado misteriosamente.

Gemma lamentó el día que, en plan de broma,  
le había comprado el manual Merck.

—Tú no tienes ninguna enfermedad que se coma la carne

—dijo Gemma con paciencia.

—¿Ah, no? ¡Dos de los síntomas son confusión mental y  
ampollas, y tengo ambos!

—¿Estás segura de que no te quemaste el brazo sacando  
algo del horno?

—Estoy segura.

—Entonces concierta una cita con el doctor Bollard.

—Lo haré.

Gemma sabía que no llamaría. Nunca lo hacía. En su lugar,  
seguiría convencida de que tenía una enfermedad que  
le devoraba la carne, hasta que aparecieran otros síntomas  
diferentes y pudiera autodiagnosticarse una nueva dolencia.  
Frankie se inclinó hacia Gemma ilusionada.

—¿Así que voy a ser tu asistente esta noche? ¿Te pasaré  
tu ojo de tritón o lo que haga falta?

—¡Soy una bruja, no una maga! No necesito ninguna  
asistente. Lo único que necesito de ti —añadió bajando la  
voz al ver que Stavros se acercaba para tomar nota de su  
desayuno— es que me transmitas pensamientos positivos  
mientras realizo el hechizo. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Si me prometes que para cenar me harás tostadas con  
judías pintas.

Gemma extendió la mano por encima de la mesa.

—Hecho.

Gemma llegó a su casa deseando realizar el sortilegio.

—Deja sólo que me cambie —le dijo a Frankie, que la  
había estado esperando en el vestíbulo del edificio, ansiosa  
por empezar.

Su amiga asintió y la acompañó hasta la habitación donde  
se puso ropa más cómoda.

—Todavía no me puedo creer lo fantástico que es este  
piso —dijo maravillada.

—Lo sé. —Le gustaba tanto como el primer día en que se  
mudó. Theresa, la mujer de su primo Michael, había decidido  
no vender y alquilar su bonito apartamento de dos habitaciones  
en el Upper East Side. Tenía suelos de parquet relucientes,  
techos altos y un ventanal que daba a la calle 59 con Street  
Bridge. Era de largo el mejor lugar en el que había vivido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Frankie excitada mientras

Gemma se dirigía de nuevo hacia la sala de estar.

—Sígueme.

Guió a Frankie hasta la habitación de invitados, tres de  
cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías que Gemma

ya había llenado hasta rebosar de libros. Unas puertas correderas daban acceso a la pequeña terraza donde cultivaba hierbas. En el centro de la habitación se erguían tres candelabros, cada uno con cuatro cirios, y una mesa baja redonda cubierta con un terciopelo morado, en la que había un pequeño jarrón con flores y un viejo y agrietado pentáculo.

A la izquierda del jarrón Frankie pudo ver una vela dorada, una daga de ritual, un incensario y un cuenco con sal; a la derecha había una vela blanca, un cáliz de plata y un cuenco con agua. Una pequeña bandeja de plata contenía unos pocos alfileres, cerillas y varios conos de incienso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Frankie de nuevo con los ojos clavados en el altar de Gemma.

—Voy a encender las velas. Siéntate ahí. —Señaló uno de los dos cojines de meditación que había en el suelo. De haber estado sola, probablemente hubiera preparado un hechizo más elaborado y potente. Pero ya que Frankie podía mantener la concentración durante tanto tiempo como una criatura de tres años en la mañana del día de Navidad, decidió que una simple magia con velas sería suficiente.

Frankie hizo lo que le había dicho, se sacó los zapatos antes de doblar sus larguiruchas piernas en una versión modificada de un *pretzel*. Gemma encendió los cirios de los candelabros. La habitación resplandeció a su alrededor.

—¿Y ahora qué? —susurró.

—Ahora para ya de preguntar «¿y ahora qué?» —susurró Gemma divertida. Se sentó en su cojín de meditación frente a Frankie, con una vela roja en la mano. La encendió y la situó en el suelo, delante de ella. El sonido de un embotellamiento de tráfico ascendió hasta sus oídos, pero lo bloqueó; esperó a encontrarse totalmente concentrada antes de abrir sus ojos y hablar con voz queda.

—Muy bien, esto es lo que vamos a hacer. Las dos miraremos fijamente a la llama de la vela, en mi mente voy a pensar en el hombre con el que quiero estar. Tú puedes hacer lo mismo si quieres.

Frankie arrugó la nariz.

—¿He de pensar en el hombre con el que yo quiero estar, o en el hombre con el que tú quieres estar?

—El que prefieras.

—¿Puede ser alguien famoso, como Russell Crowe?

—Puede ser quien quieras. Russell Crowe. Russell Stover. Sólo concéntrate.

—De acuerdo. —Frankie frunció el ceño y miró fijamente a la vela mientras Gemma hacía lo mismo.

«Describe al hombre con el que quieres estar, Gemma».

Necesitó unos segundos, pero al final acudieron las ideas: «quiero a alguien que sea seguro, inteligente, honesto, trabajador y fuerte. Alguien que ame la naturaleza tanto como yo. Alguien leal y sensible, que respete lo que hago y que me ame tal como soy».

Se vació en aquellos pensamientos hasta que agotó las palabras para describir a su hombre soñado. El paso siguiente era dibujar su imagen.

—Dibújalo —susurró a Frankie.

—¿A quién? —respondió también susurrando.

—A Russell Stover —replicó Gemma impaciente.

Aquello era más difícil. Gemma distinguió con su tercer ojo el difuso contorno de alguien alto, pero fue incapaz de llenar los detalles de su cara cuando lo intentó. Sólo podía ver sus ojos. Eran verdes... no, azules. Azules, compasivos y llenos de sabiduría. Aún no podía ver su cara, pero ahora podía oír su risa, profunda y de corazón, y la inundó una sensación deliciosa. Quería alguien que riera a menudo, que no tuviera miedo a sentir.

—¿Gemma?

—¿Mmmm?

—Sigo intentando imaginarme a Russell Crowe, pero el único hombre que insiste en aparecer es Damian.

Sintió un estremecimiento. Damian era el ex marido de Frankie.

—Concéntrate más.

—No puedo —dijo Frankie desesperada.

—Entonces concéntrate en alguien para mí.

—Vale.

Estuvieron sentadas en silencio unos minutos más.

Gemma siguió intentando visualizar más detalles de su hombre soñado, pero no se le reveló ninguno. Miró a Frankie esperanzada.

—¿Ves algo?

—Veo... Veo... una gran tostada caliente en un plato.

Gemma suspiró.

—¿Y tú que tal? —quiso saber Frankie—. ¿Alguien?

—Alguien alto, con bondadosos ojos azules y una risa realmente sana.

—Parece prometedor.

Gemma se inclinó hacia delante y sopló con cuidado la vela roja. Frankie parecía decepcionada.

—¿Eso es todo? ¿No hay encantamientos? ¿Ni monos volando? ¿Nada?

—Eres libre de decir el encantamiento que quieras.

—Ese es tu territorio, Glinda, no el mío.

—Pues me parece que el encantamiento está completo.

—Gemma apretó las rodillas contra su pecho—. Sólo podemos esperar a que surta efecto.